

4. VICENTE GUERRERO: VALORES, PENSAMIENTO, ACCIONES, IDEARIO Y MODELO EDUCATIVO DERIVADOS

Introducción

La historia de la independencia mexicana ha sido narrada, con demasiada frecuencia, como la historia de un grupo reducido de héroes criollos ilustrados que, inspirados en los ideales de la Ilustración europea, condujeron a un pueblo pasivo hacia la libertad.

Esta narrativa, elaborada en buena medida por los historiadores del siglo XIX y consolidada en el currículo escolar del siglo XX, ha invisibilizado la participación protagónica de los sectores populares: mestizos, indígenas y afrodescendientes en la construcción de la nación. Vicente Guerrero es, acaso, el personaje que más claramente pone en cuestión esa narrativa.

Guerrero no era un letrado ni un criollo acomodado: era hijo de artesanos y arrieros del sur de México, de una familia en la que confluían sangres mestiza, indígena y africana. Llegó a la guerra de independencia no a través de los libros de filosofía política sino a través de la experiencia directa de la opresión colonial.

Se mantuvo en la lucha durante once años, muchos de ellos en condiciones de extrema precariedad y aislamiento, movido por una convicción que no necesitaba argumentos sofisticados: que los hombres y mujeres del pueblo merecían vivir en libertad y con dignidad.

El presente trabajo se propone examinar esta figura histórica con rigor y profundidad, articulando tres perspectivas complementa-

rias. La primera es biográfico-histórica, reconstruyendo las acciones y los contextos de Guerrero a partir de la historiografía disponible. La segunda es filosófico-moral, al analizar el sistema de valores y el pensamiento político que articularon su vida pública. La tercera es pedagógica, que deriva del análisis anterior un ideario y un modelo educativo que permita trasladar el legado de Guerrero al aula como recurso de formación ciudadana, ética e intercultural.

La relevancia del estudio no es únicamente histórica. En un México que sigue siendo uno de los países más desiguales del mundo, donde las comunidades indígenas y afrodescendientes enfrentan discriminación y exclusión, y donde la corrupción y la impunidad erosionan la vida democrática, los valores y el ejemplo de Vicente Guerrero tienen una actualidad que trasciende el homenaje conmemorativo para proyectarse como recurso de formación moral y política.

4.1. Contexto histórico en el que se formó Vicente Guerrero

La sociedad colonial del sur novohispano

Vicente Guerrero nació en 1782 en Tixtla, una población ubicada en la Intendencia de México, en lo que hoy es el estado que lleva su nombre. El sur novohispano era una región de enorme diversidad étnica y cultural con una fuerte presencia indígena nahua, mixteca y amuzga, y de comunidades afrodescendientes heredadas del período esclavista colonial y, además, con profunda desigualdad. La riqueza de la región, basada en la producción de algodón, añil y grana cochinilla, beneficiaba principalmente a los grandes comerciantes criollos y españoles peninsulares, mientras que la mayoría de la población indígena y mestiza vivía en condiciones de servidumbre o semiesclavitud.

La familia de Guerrero pertenecía a ese estrato intermedio de la sociedad colonial que los historiadores han denominado el «pueblo trabajador no español» (Guardino, 1996, p. 45): ni esclavos ni propietarios, sino artesanos, arrieros y pequeños comerciantes cuya movilidad social estaba bloqueada por las restricciones del

sistema de castas. Pedro Guerrero, el padre de Vicente, era arriero y más tarde cacique de Tixtla; fue él quien transmitió a su hijo los rudimentos de la escritura y una conciencia orgullosa de su lugar en la comunidad.

Este origen social no era un dato biográfico irrelevante: era, como señala Guardino (1996), la fuente de la legitimidad política de Guerrero entre las clases populares. A diferencia de los líderes criollos del movimiento insurgente, que hablaban al pueblo desde arriba, Guerrero hablaba desde adentro: conocía la explotación por experiencia propia, no por reflexión teórica.

La crisis colonial y el surgimiento del movimiento insurgente

La crisis del sistema colonial español, acelerada por la invasión napoleónica de 1808 y la consiguiente crisis de la monarquía en la metrópoli del Imperio, generó en la Nueva España un debate político inédito sobre la autonomía y la representación de los americanos. Para las élites criollas, el problema era fundamentalmente político y jurídico: querían mayor autonomía dentro del Imperio, no necesariamente la independencia total. Para el pueblo trabajador del campo y las ciudades, el problema era económico y social: querían acabar con los tributos, las alcabalas, la servidumbre y la discriminación racial.

El movimiento de Hidalgo (1810) y, sobre todo, el de Morelos de 1811 a 1815 articularon estas demandas de manera más amplia que la agenda criolla: el Grito de Dolores fue también un llamado a los indios, los mestizos y los negros a luchar por su libertad. Guerrero se incorporó al movimiento en este contexto, como parte de la base popular insurgente que veía en la independencia no un proyecto constitucional abstracto sino una promesa concreta de justicia y dignidad.

Coherencia en su trayectoria y acciones

La formación bajo Morelos (1810–1815)

Guerrero se incorporó al movimiento insurgente en 1810, poco después del Grito de Dolores, y pronto pasó a combatir bajo las órdenes

de Hermenegildo Galeana y, posteriormente, de José María Morelos. La campaña del sur fue su escuela de formación: aprendió la estrategia de la guerra de guerrillas en la que Morelos era un artífice, el arte de movilizar a las comunidades campesinas y la política de convertir cada combate en un acto de comunicación con el pueblo.

Su participación en los grandes sitios de la campaña de Morelos: Cuautla (1812), Oaxaca (1812) y Acapulco (1813), le valió ascensos sucesivos hasta alcanzar el grado de general. Pero lo que más marcó su formación política fue el Congreso de Chilpancingo (1813), donde Morelos presentó los Sentimientos de la Nación, el documento más avanzado del pensamiento político insurgente. La declaración de que la soberanía emanaba inmediatamente del pueblo, que la esclavitud debía abolirse y que la ley debía ser igual para todos sin distinción de origen fue el fundamento ideológico que Guerrero haría suyo para el resto de su vida.

El historiador Timothy Anna (1978) señala que la relación entre Guerrero y Morelos fue algo más que la de un subordinado con su jefe: fue la de un discípulo con su maestro. Guerrero absorbió de Morelos no sólo las técnicas militares sino la visión de una república igualitaria y popular que hacía de la justicia social y de la independencia política los objetivos centrales de la lucha.

“La patria es primero”, una resistencia solitaria (1815–1820)

La captura y el fusilamiento de Morelos en diciembre de 1815 sumió al movimiento insurgente en una crisis profunda. Los principales líderes habían muerto o se habían acogido a las amnistías ofrecidas por el virrey Apodaca.

Para 1816, la insurgencia se había reducido a pequeños grupos guerrilleros dispersos en las regiones más inaccesibles del país. Guerrero era uno de los últimos jefes militares en activo, con un contingente que en algunos momentos no superaba las cien personas.

Fue en este período cuando se produjo el episodio que más ha contribuido a construir la leyenda moral de Guerrero: el encuentro con su padre. En 1820, Pedro Guerrero llegó al campamento de su hijo

como emisario del Virrey Apodaca, portando una oferta de amnistía que incluía tierras, una pensión y el perdón real. Según los testimonios de la época, Vicente Guerrero respondió a su padre con una declaración que se convertiría en una de las frases más citadas de la historia de México:

“Si mi padre viene a ofrecirme el perdón del rey y a persuadirme de que abandone la causa que defendiendo, le digo que la patria es primero” (Guerrero, 1820; en Bustamante, 1844, t. IV, p. 123).

Esta respuesta ha sido interpretada de diversas maneras por los historiadores. Para algunos, es la expresión máxima de la integridad moral de Guerrero: la disposición a anteponer la causa colectiva al interés familiar y personal, incluso cuando ese interés toma la forma del amor filial. Para otros, como Guardino (1996), la escena tiene elementos legendarios que dificultan su verificación estricta, pero su potencia simbólica como expresión de los valores patrios de Vicente Guerrero es incuestionable.

Estos cinco años de resistencia solitaria en la sierra son, desde la perspectiva de la ética de las virtudes, la parte más significativa de la trayectoria de Guerrero. Es relativamente fácil mantener los propios principios cuando se está ganando: la prueba real de la virtud es la capacidad de mantenerlos en la derrota, en el aislamiento y ante el ofrecimiento de una salida cómoda. Por ese hecho, Guerrero pasó a la historia de manera extraordinaria.

El Abrazo de Acatempan y el Plan de Iguala (1821)

En 1820, la situación política en España cambió radicalmente con la restauración de la Constitución de Cádiz por el pronunciamiento de Riego. El virrey de la Nueva España, Juan Ruiz de Apodaca, fue sustituido por Juan O'Donojú, y el ejército realista, debilitado y desmoralizado, ya no podía sostener la guerra contra los insurgentes. En este contexto, Agustín de Iturbide, un oficial realista de origen criollo, buscó a Guerrero para negociar una solución política que pusiera fin al conflicto.

La entrevista entre Guerrero e Iturbide en Acatempan el 10 de febrero de 1821 es uno de los momentos más cargados de simbolismo en la historia de la independencia. Dos hombres que habían combatido en bandos opuestos durante años se encontraban para acordar la liberación de un país.

La decisión de Guerrero de aceptar la propuesta de Iturbide recogida en el Plan de Iguala (24 de febrero de 1821) ha sido interpretada de maneras muy distintas por los historiadores. Algunos la interpretan como una capitulación ante los intereses criollos conservadores: el Plan de Iguala garantizaba la independencia, pero también los privilegios del clero, el ejército y la aristocracia criolla, en detrimento de las demandas sociales más radicales de la insurgencia popular. Otros, como Anna (1978), la interpretan como un ejercicio de pragmatismo y claridad política, ya que Guerrero comprendió que la independencia formal era el paso necesario para alcanzar, en el largo plazo, las transformaciones sociales que el movimiento insurgente había perseguido.

Lo que parece claro es que Guerrero aceptó el Plan de Iguala no por debilidad sino como un movimiento táctico y un cálculo estratégico: la independencia era el bien mayor que el momento hacía posible, y sacrificar ese objetivo por pureza ideológica hubiera prolongado indefinidamente una guerra de desgaste que ya había costado demasiado. Este pragmatismo no era cinismo ni desvalorización, sino una acción virtuosa y afortunada para bien de una nación apenas posible, de quien sabe distinguir entre lo que es posible ahora, en el horizonte de lo que es deseable y posible en el futuro.

Tabla 13. Vicente Guerrero: cronología, acciones y dimensión ética.

Año	Hito	Acontecimiento	Dimensión ética y política
1782	Nacimiento	Nace en Tixtla, Intendencia de México (hoy Guerrero), en familia mestizo-afrodescendiente de artesanos y arrieros.	Origen popular; contacto temprano con la explotación y la injusticia colonial.

1808– 1809	Contexto prein- surgente	La crisis monárquica española y la destitución de Iturrigaray avivan el debate sobre la autonomía americana.	Toma de conciencia política en el entorno criollo-mestizo del sur.
1810	Incorporación a la insurgencia	Se suma al movimiento de Morelos tras el Grito de Dolores; combate como soldado raso en la campaña del sur.	Vocación militar y lealtad a la causa; subordinación voluntaria a la jerarquía insurgente.
1811– 1815	Campaña del sur	Participa en los sitios de Cuautla (1812), Oaxaca (1812) y Acatulco (1813); asciende a general por méritos propios.	Valentía, liderazgo carismático, conocimiento del terreno suriano.
1815	Muerte de Morelos	Morelos es capturado y fusilado; la insurgencia queda fragmentada y a la defensiva. Guerrero toma el mando en el sur.	Resiliencia; lealtad a los principios más allá de las personas.
1816– 1820	Resistencia en la sierra	Mantiene viva la llama insurgente desde la Sierra Madre del Sur con guerrillas dispersas. Rechaza amnistías realistas.	Constancia, sacrificio personal, integridad ante la presión.
1820– 1821	El abrazo de Acatempan	Negocia con Agustín de Iturbide el Plan de Iguala (24 febrero 1821); funda el Ejército Trigarante.	Pragmatismo político, visión estratégica, anteponer la independencia al rencor.

1821	Independencia	El 27 de septiembre el Ejército Trigarante entra a la Ciudad de México. México es independiente.	Coronación de once años de lucha; reconocimiento oficial tardío de su papel.
1824–1828	Vida política	Diputado y senador en el Congreso Constituyente; candidato presidencial en 1828.	Defensa de los derechos de los grupos populares e indígenas en el debate legislativo.
1829	Presidencia	Asume la presidencia el 1 de abril; decreta la abolición de la esclavitud el 15 de septiembre.	Justicia social; coherencia entre ideales y poder; acto más audaz de su gobierno.
1829–1831	Traición y fusilamiento	Derrocado por el golpe de Bustamante (1829); capturado mediante traición en 1831; fusilado el 14 de febrero en Cuilápam.	Martirio; el precio de la integridad ante los intereses oligárquicos.

Nota. Elaboración propia con base en Anna (1978), Bustamante (1844), Guardino (1996) y Lemoine (1965).

La tabla 13 sistematiza la trayectoria biográfica de Guerrero articulando cada hito con su dimensión ética y política. El análisis conjunto de estos datos evidencia la notable coherencia entre sus valores declarados y sus acciones concretas a lo largo de cinco décadas de vida pública, coherencia que constituye el rasgo más significativo de su figura desde la perspectiva de la educación moral.

La presidencia y la abolición de la esclavitud (1829)

Vicente Guerrero asumió la presidencia de México el 1 de abril de 1829, luego de los procesos electorales más disputados de la historia temprana del país. Su candidatura fue apoyada por los sectores populares, los liberales radicales y los militares de origen insurgente;

su adversario en las elecciones fue Manuel Gómez Pedraza, candidato del sector conservador y de los grandes comerciantes. Aunque Gómez Pedraza obtuvo más votos en el Congreso, un levantamiento popular encabezado por Lorenzo de Zavala colocó a Guerrero en el poder.

El acto más trascendente de su gobierno fue el decreto de abolición de la esclavitud, promulgado el 15 de septiembre de 1829, un día después de la proclamación del aniversario de la independencia, en el contexto de otra invasión española encabezada por Isidro Barradas. El texto del decreto es notable por su brevedad y su rotundidad:

“Queda abolida la esclavitud en la República. Son por consiguiente libres todos los individuos que hasta hoy han sido considerados como esclavos. Cuando las circunstancias del erario lo permitan, se indemnizará a los propietarios de esclavos, a manera de estimular el cumplimiento de esta ley humanitaria” (Guerrero, 1829, citado en González y González, 1956, p. 389).

México fue el segundo país en América, después de Haití, y el primero de América Latina en abolir la esclavitud de manera plena y sin condiciones de gradualidad. La decisión tuvo una motivación múltiple: la convicción moral de Guerrero, forjada en su propia experiencia de la desigualdad racial; el cálculo político de ganar el apoyo de la comunidad afrodescendiente ante la amenaza de invasión española; y la coherencia con los principios de igualdad proclamados en los Sentimientos de la Nación de Morelos dieciséis años antes.

El decreto de abolición ha sido objeto de debate historiográfico sobre sus efectos prácticos: la mayoría de los historiadores coincide en que el número de esclavos en México en 1829 era relativamente reducido -quizás no más de 3,000 personas- y que la institución esclavista ya estaba en declive (Velázquez, 2006). Pero reducir el significado del decreto a sus efectos inmediatos sería un error: su importancia radica en la afirmación de un principio ético, en generar un precedente jurídico-político y en establecer un rasgo distintivo del tipo de república que quería construir V. Guerrero.

La traición, la caída y el martirio (1829–1831)

El gobierno de Guerrero fue breve y turbulento. La crisis fiscal, la invasión española de 1829, las pugnas con el Congreso y la oposición de los sectores conservadores enquistados en el clero, el ejército y los grandes propietarios, debilitaron su posición. En diciembre de 1829, un golpe de Estado encabezado por el vicepresidente Anastasio Bustamante lo depuso, por lo que Guerrero se retiró al sur y reanudó la lucha armada desde la sierra.

En 1831, fue capturado mediante una trampa infame: el genovés Francisco Picaluga lo atrajo a su barco con el pretexto de una negociación, lo aprisionó y entregó a las fuerzas del gobierno a cambio de cincuenta mil pesos. El gobierno de Bustamante lo sometió a un juicio sumarísimo y lo fusiló el 14 de febrero de 1831 en Cuilápam, Oaxaca.

La muerte de Guerrero, como la de tantos héroes populares de la historia latinoamericana, fue el precio de su integridad frente a los intereses de los grupos privilegiados. No murió en el campo de batalla sino víctima de la traición de quienes no podían comprar sus principios. Esta dimensión del martirio es, paradójicamente, la que más ha contribuido a la persistencia de su figura en la memoria popular: el héroe que prefirió morir antes que traicionar su causa tiene una potencia simbólica que ninguna victoria militar puede igualar.

4.2. Sistema de valores y pensamiento político de Vicente Guerrero

Los valores como estructura coherente

El análisis de la trayectoria de Guerrero permite identificar un sistema de valores que, aunque nunca fue formulado por él de manera sistemática, pues no era un filósofo sino un hombre de acción que manifiesta una notable coherencia interna.

Estos valores no son postulados abstractos sino actitudes estables hacia principios y otros valores que se manifestaron de manera consistente en las decisiones concretas de su vida: en el campo de

batalla, en la sierra, en el palacio presidencial y ante el pelotón de fusilamiento.

La filosofía moral aristotélica ofrece un marco conceptual útil para analizar este sistema: Aristóteles entendía la virtud como un hábito estable de actuar bien que se forma a través de la práctica y que se manifiesta en la capacidad de elegir correctamente entre diversas opciones, incluso en condiciones adversas (Aristóteles, *Ética nicomáquea*, II, 1). Desde esta perspectiva, los valores de Guerrero no son ideas que él afirmaba sino disposiciones que él practicó, y su coherencia a lo largo del tiempo es la prueba de que se trataba de virtudes genuinas y no de meras conveniencias circunstanciales.

Tabla 14. Sistema de valores de Vicente Guerrero: definición, expresión histórica y virtudes asociadas.

Valor	Definición y alcance	Expresión histórica concreta	Virtudes asociadas
Lealtad a la causa	Coherencia entre convicciones y acción a lo largo de once años de guerra, incluso en los momentos de mayor adversidad.	Rechazo de la amnistía de Apodaca (1820): «La patria es primero».	Constancia, integridad, vocación de servicio.
Dignidad popular	Reivindicación de los derechos de mestizos, indígenas y afrodescendientes como sujetos plenos de la nación.	Abolición de la esclavitud (1829); defensa de las comunidades indígenas en el Congreso.	Justicia social, igualitarismo, dignidad humana.
Humildad y origen popular	Nunca renegó de su condición de hombre del pueblo; su liderazgo fue carismático y no burocrático.	Mantuvo vínculos con las comunidades sureñas durante toda su vida política.	Autenticidad, cercanía con el pueblo, sencillez.

Valentía y resiliencia	Capacidad de mantener la resistencia armada durante años de aislamiento y derrota táctica, sin rendirse.	La campaña de guerrillas en la Sierra Madre del Sur (1816–1820).	Fortaleza moral, esperanza activa, coraje.
Pragmatismo patriótico	Disposición a negociar con el adversario histórico (Iturbide) cuando la independencia nacional lo exigía.	Plan de Iguala y Abrazo de Acatempan (1821).	Visión estratégica, primacía del bien colectivo sobre el rencor personal.
Republicanismo igualitario	Defensa de una república que garantizara igualdad ante la ley para todos los grupos sociales, sin privilegios de casta.	Discursos en el Congreso Constituyente (1824); programa presidencial (1829).	Legalidad, igualdad, soberanía popular.
Martirio y coherencia final	Aceptó la muerte sin abjurar de sus principios; su fusilamiento fue el precio de su integridad ante los intereses conservadores.	Fusilamiento en Cuilápam, 14 de febrero de 1831.	Integridad, sacrificio, coherencia hasta el final.

Nota. Elaboración propia con base en Anna (1978), Bustamante (1844), Guardino (1996) y Velázquez (2006).

La tabla 14 articula el sistema de valores de Guerrero en torno a siete dimensiones fundamentales. La columna de «expresión histórica concreta» es especialmente relevante desde la perspectiva pedagógica: muestra que cada valor puede ser ilustrado con un acontecimiento o una acción verificable históricamente, lo que permite enseñarlos no como principios abstractos sino como compromisos que tienen consecuencias reales.

La lealtad como virtud fundante

El valor que más define la figura de Guerrero es la lealtad: no la lealtad a una persona o a un poder, sino la lealtad a una causa y a un principio vital. Esta distinción es fundamental, puesto que la lealtad a una persona puede convertirse en servilismo o en nepotismo, mientras que la lealtad a “la patria”, lo es a una causa suprema, a un principio vital de su existencia, es lo que Guerrero priorizó, en su respuesta al emisario de su padre: “la Patria es primero”.

Esta lealtad a la causa se manifestó de manera especialmente elocuente en el período 1815–1820, cuando mantener la resistencia insurgente no tenía prácticamente ninguna racionalidad estratégica: la guerra estaba perdida, los líderes habían muerto, las amnistías eran generosas y la mayoría de sus compañeros se habían rendido. Sin embargo, Guerrero continuó, movido por una convicción que el historiador Peter Guardino (1996) describe como “una mezcla de fe religiosa, lealtad a los compañeros caídos y convicción de que la justicia que representaban los insurgentes no podía morir con sus generales” (p. 117).

Esta lealtad inquebrantable tiene una dimensión educativa directa, es el modelo de lo que los psicólogos morales contemporáneos llaman «identidad moral»: la integración de los valores en el núcleo del yo, de manera que actuar en contra de ellos se experimente como una traición a la propia identidad, no sólo como una transgresión de normas externas (Blasi, 1984).

Dignidad popular e igualitarismo racial

El segundo eje del pensamiento de Guerrero es la convicción de que todos los seres humanos, independientemente de su origen étnico, social o cultural, son portadores de la misma dignidad y merecen el mismo trato ante la ley. Este principio que hoy llamamos igualdad sustantiva o igualitarismo más allá de la igualdad formal ante la ley no era evidente en el México de principios del siglo XIX, donde el sistema de castas seguía estructurando las relaciones sociales, aunque formalmente hubiera sido abolido.

La reivindicación de la dignidad popular en el pensamiento de Guerrero no era abstracta puesto que tenía una base biográfica concreta en su propia experiencia de la discriminación racial. Como mestizo afrodescendiente, Guerrero había crecido en una sociedad que le asignaba un lugar y un estatus subordinado debido a su origen. Su respuesta a esa asignación no fue la resignación sino la acción política orientada a cambiar las estructuras que producían la desigualdad.

Como ha señalado la historiadora Tatiana Seijas (2014), Guerrero fue el primer presidente de México -y uno de los primeros líderes de Estado en el mundo- en tomar medidas concretas para abordar la desigualdad racial desde el poder. La abolición de la esclavitud de 1829 es el acto más evidente de esta agenda, pero no el único: su gobierno también impulsó medidas de apoyo a las comunidades indígenas y restringió los privilegios de los grandes propietarios.

El pensamiento político: anticolonialismo, republicanismo y justicia redistributiva

El pensamiento político de Guerrero puede describirse, en términos de la ciencia política contemporánea, como un republicanismo popular de orientación igualitaria. Esta caracterización significa que no se trata de un republicanismo liberal en el sentido de Locke o Madison, centrado en la protección de los derechos individuales y la limitación del poder, sino de un republicanismo que coloca la justicia social y la igualdad real como condiciones de la libertad política.

Para Guerrero, la independencia formal de España era un paso necesario pero insuficiente: si la nueva república reproducía las estructuras de desigualdad del colonialismo, el pueblo seguiría siendo esclavo en la práctica, aunque fuera jurídicamente libre. Esta convicción lo puso en permanente conflicto con los sectores conservadores de la clase dirigente criolla, que querían la independencia política pero no la transformación social.

Tabla 15. Ejes del pensamiento político de Vicente Guerrero: contenido, fundamento y fuentes.

Eje del pensamiento	Contenido	Fundamento biográfico	Fuente
Anticolonialismo	Rechazo al sistema de dominación colonial en todas sus formas: fiscales, militares, raciales y culturales.	Experiencia directa de la explotación en el sur novohispano.	Morelos (1813); Guerrero (1829)
Igualitarismo racial	Convicción de que mestizos, indígenas y afrodescendientes tenían los mismos derechos que criollos y españoles americanos.	Propia identidad mestizo-afrodescendiente; contacto con comunidades negras del sur.	Decreto de abolición (1829)
Republicanismo popular	La soberanía reside en el pueblo —no sólo en la élite criolla— y el gobierno debe responder a sus necesidades.	Congreso de Chilpancingo (1813); debates del Constituyente (1824).	Sentimientos de la Nación (1813)
Justicia redistributiva	El Estado tiene la obligación de corregir las desigualdades heredadas del colonialismo mediante políticas activas.	Propuestas de reforma agraria y tributaria en el período presidencial.	Guerrero (1829)
Soberanía territorial	La tierra de las comunidades indígenas y campesinas es parte de la soberanía nacional y no puede ser enajenada.	Defensa de las tierras comunales durante su gobierno.	Guardino (1996)

Laicismo y religiosidad popular	Aceptaba el papel social de la Iglesia, pero rechazaba el poder político clerical; su fe era la del pueblo, no la de la jerarquía.	Relación compleja con el clero durante la guerra y en su gobierno.	Anna (1978)
---------------------------------	--	--	-------------

Nota. Elaboración propia con base en Anna (1978), Guardino (1996), Morelos (1813/2003) y Velázquez (2006).

La tabla sistematiza los ejes del pensamiento político de Guerrero, evidenciando que su ideario no era un conjunto de ideas importadas de Europa sino una síntesis original forjada en la experiencia de la opresión colonial y la lucha insurgente. La columna de «fundamento biográfico» subraya que cada dimensión del pensamiento de Guerrero tiene raíces en su vida concreta, lo que le confiere una autenticidad que distingue a los valores vividos de los meramente proclamados.

El humanismo práctico de Guerrero

Una categoría analítica que permite integrar los distintos aspectos del pensamiento de Guerrero es la de humanismo práctico: la convicción de que la dignidad humana no es un principio abstracto sino una realidad concreta que se afirma o se niega en cada decisión política, económica y social. Este humanismo no requería de fundamentos filosóficos elaborados -Guerrero no era un filósofo- sino que se expresaba en la capacidad de ver en cada persona, por humilde que fuera su condición, un ser humano que merecía respeto y justicia.

Este humanismo práctico conecta a Guerrero con una tradición de pensamiento latinoamericano que, desde Las Casas hasta Freire, ha insistido en que la transformación social comienza por el reconocimiento de la humanidad plena de los oprimidos. Como señala Freire (1970), la liberación no puede ser un regalo que los «ilustrados» conceden al pueblo: debe ser una conquista del propio pueblo a través de la acción colectiva. Guerrero encarna esta lógica de manera ejemplar:

su legitimidad entre las clases populares no derivaba de su autoridad formal sino de su origen compartido y su solidaridad práctica.

4.3. Ideario educativo derivado del legado de Vicente Guerrero

Fundamentos filosóficos

La derivación de un modelo educativo a partir de la figura histórica de Vicente Guerrero descansa sobre tres premisas filosóficas que conviene explicitar.

La primera premisa es que los personajes históricos son recurso moral y no sólo objeto de conocimiento. Desde Plutarco hasta la pedagogía contemporánea, existe una larga tradición que reconoce en las biografías ejemplares un instrumento privilegiado para la formación del carácter. Nussbaum (2001) ha argumentado que la narrativa, incluida la historia biográfica y autobiográfica, desarrolla la imaginación moral: la capacidad de ponerse en el lugar del otro y de comprender las razones de sus decisiones. Desde esta perspectiva, estudiar la vida de Guerrero no es sólo aprender historia: es ejercitar la imaginación moral.

La segunda premisa es que la educación para la ciudadanía requiere referentes concretos de virtud cívica. Los valores abstractos, como la libertad, la justicia, la solidaridad, etc., son difíciles de enseñar en el vacío o de manera abstracta: cobran vida cuando se encarnan en personas reales que los vivieron y los defendieron con consecuencias concretas. Guerrero es un referente de virtud cívica de primer orden precisamente porque sus valores no son sólo palabras sino acciones verificadas históricamente.

La tercera premisa es que la memoria histórica es un componente esencial de la identidad cívica. Ricoeur (2003) ha argumentado que la identidad personal y colectiva se construye a través de la narración: somos lo que somos, en parte, en virtud de las historias que nos contamos sobre quiénes hemos sido o somos en el presente. La inclusión de Guerrero y especialmente de la dimensión mestiza y afrodescendiente de su identidad en la narrativa histórica en las escuelas contribuye a construir una identidad nacional más inclusiva y justa.

4.4. Principios del ideario educativo

Educación para la dignidad y los derechos

El primero y más relevante de los principios derivados del legado de Guerrero es que la educación debe formar sujetos conscientes de su propia dignidad y de la dignidad de los demás. En un país donde la discriminación racial y social sigue siendo una realidad cotidiana para millones de personas, este principio no es una abstracción: es una exigencia de justicia con implicaciones curriculares concretas.

La operacionalización de este principio en el aula implica incorporar en el currículo formal de historia, ética y ciencias sociales contenidos que visibilicen la experiencia histórica de los grupos discriminados: indígenas, afrodescendientes, mujeres, campesinos; y que conecten esa experiencia histórica con las formas contemporáneas de desigualdad.

También implica una pedagogía que trate a cada estudiante como sujeto de derechos y sujeto social constructor de su propia historia y no como objeto de instrucción.

Historia desde abajo: las voces subalternas

El segundo principio es metodológico: la enseñanza de la historia debe incorporar las perspectivas de los grupos subalternos como fuentes legítimas de conocimiento histórico, no sólo como objeto de la descripción y hasta compasión de los historiadores. Esta perspectiva, desarrollada teóricamente por los Subaltern Studies (Guha, 1988) y aplicada a la historia de México por historiadores como Guardino (1996) y Velázquez (2006), encuentra en Guerrero un caso paradigmático: la historia de la independencia es diferente, más rica, compleja y justa, cuando se narra desde su perspectiva.

En términos didácticos, este principio sugiere el uso de fuentes primarias muy diversas, incluyendo testimonios, tradiciones orales y artefactos materiales, para construir una narrativa histórica que no reduzca la historia a las acciones de los grandes hombres, acon-

tecimientos y fechas relevantes. Implica también problematizar el currículo oficial preguntando: ¿a quiénes incluye y a quiénes excluye esta narrativa? ¿Qué se pierde cuando contamos la historia sólo desde arriba?

Ética del compromiso y la resiliencia

El tercer principio es ético: la capacidad de mantener los propios valores ante la adversidad, es decir, la resiliencia moral, que es una virtud que puede y debe enseñarse al lado de la resiliencia social y psicológica. Los cinco años de resistencia solitaria de Guerrero en la sierra son el caso histórico más elocuente de esta virtud, como de otros líderes de luchas armadas que muestran que la integridad moral no es un estado sino un proceso, una elección que se renueva cada vez que se presenta la tentación de renunciar.

La enseñanza de la resiliencia moral no puede realizarse sólo a través de la conferencia o del libro de texto, sino que requiere metodologías activas que pongan a los estudiantes en situaciones reales o en simulacros donde tengan que tomar decisiones difíciles y defender sus principios ante presiones contrarias. El análisis de dilemas morales históricos, el debate estructurado y el estudio de casos son herramientas adecuadas para este propósito.

Ciudadanía intercultural: la nación como diversidad

El cuarto principio es intercultural: la nación mexicana no es una identidad homogénea sino una pluralidad de culturas, lenguas, tradiciones, historias regionales, comunitarias y étnicas que se han ido tejiendo a lo largo de la historia. La figura de Guerrero como mestizo, afrodescendiente, hablante de lenguas indígenas, enraizado en las comunidades del sur, encarna esa diversidad de manera extraordinaria y elocuente.

Incorporar la dimensión afromexicana de la historia de Guerrero en la enseñanza escolar es un acto de reconocimien-

to de la contribución de esa comunidad a la construcción de la nación, contribución que ha sido sistemáticamente invisibilizada por la narrativa histórica oficial durante décadas. Walsh (2009) ha argumentado que la interculturalidad crítica no es sólo el reconocimiento formal de la diversidad sino la transformación de las estructuras de poder que producen la desigualdad cultural: enseñar la historia de Guerrero desde esta perspectiva es un paso en esa dirección.

Como ha señalado la historiadora Velázquez (2006), la figura de Guerrero es fundamental para la construcción de la memoria afromexicana, ya que “Es el único presidente de México cuyo origen africano es indudable, y esa condición fue al mismo tiempo la fuente de su sensibilidad hacia la injusticia racial y el blanco de los prejuicios de las élites conservadoras que lo derrocaron” (p. 203).

Justicia social como contenido curricular

El quinto principio es de orden político: las diversas estructuras de desigualdad: colonial, racial, de clase y hasta geográficas, no son temas tabú del currículo sino contenidos legítimos y necesarios de la formación ciudadana. Enseñar a los estudiantes a reconocer las causas y consecuencias de la desigualdad, a analizar las políticas redistributivas actuales en México y otras latitudes y a evaluar críticamente las instituciones desde el criterio de la justicia y la equidad, son funciones esenciales de la educación en una sociedad democrática.

La vida de Guerrero ofrece material concreto para este trabajo: el decreto de abolición de la esclavitud puede ser el punto de partida de una discusión sobre los límites de las políticas de igualdad formal; la alianza con Iturbide puede analizarse como un caso de negociación entre principios ideales y posibilidades concretas; y la traición de Picaluga puede leerse como un ejemplo de cómo los intereses económicos pueden corromper incluso a quienes deberían ser aliados.

Tabla 16. Modelo educativo derivado del legado de Vicente Guerrero: principios, estrategias y marcos teóricos.

Principio educativo	Fundamento en Guerrero	Estrategia didáctica	Marco teórico
Educación para la dignidad	Toda persona, sin importar origen étnico, clase o género, tiene derecho a una educación que la reconozca como sujeto de derechos.	Análisis de casos históricos de exclusión; debate sobre derechos educativos actuales.	Freire (1970); Constitución Política (art. 3°)
Historia desde abajo	La historia nacional debe contarse también desde la perspectiva de los grupos subalternos: indígenas, afrodescendientes, mujeres, pobres.	Proyectos de investigación histórica local; fuentes orales y materiales.	Guha (1988); Guardino (1996)
Ética de la resiliencia	La capacidad de mantener los propios valores ante la adversidad es una virtud cívica fundamental que puede y debe enseñarse.	Dilemas morales históricos; análisis de decisiones en contextos difíciles.	MacIntyre (1981); Nussbaum (2001)
Ciudadanía intercultural	La nación mexicana es pluriétnica y multicultural; la educación debe reflejar y valorar esa diversidad como fortaleza.	Proyectos interculturales; integración de saberes indígenas y afromexicanos.	Walsh (2009); DOF (2019)
Justicia social como contenido	Las estructuras de desigualdad —colonial, racial, de clase— son contenidos legítimos del currículo de ciencias sociales y ética.	Análisis de datos de desigualdad; debate sobre políticas redistributivas.	Giroux (1988); Apple (2004)

Pedagogía de la memoria	Recordar y honrar a los héroes olvidados o marginados por la historia oficial es un acto pedagógico y político.	Investigación sobre figuras afromexicanas e indígenas en la historia nacional.	Ricoeur (2003); Jelin (2002)
El maestro como servidor público	El compromiso de Guerrero con el servicio al pueblo, más que con el poder personal es un modelo para la ética docente.	Reflexión sobre la vocación docente; debate sobre la responsabilidad pública.	Freire (1993); Fullan (2001)

Nota. Elaboración propia con base en Freire (1970, 1993), Giroux (1988), Nussbaum (2001), Ricoeur (2003) y Walsh (2009).

La tabla 16 integra el modelo educativo derivado del legado de Guerrero, articulando cada principio con su fundamento histórico, una estrategia didáctica concreta y el marco teórico que lo sustenta. La columna de estrategias didácticas es especialmente importante porque muestra que el modelo no es únicamente normativo, puesto que no se limita a señalar fines, sino que también es operativo al ofrecer orientaciones concretas para la práctica docente.

El maestro como servidor del pueblo: la ética docente guerrerense

Una dimensión del legado de Guerrero que tiene implicaciones directas para la ética profesional docente es su concepción del liderazgo como servicio. A diferencia de muchos caudillos de su época que buscaban en el poder político la confirmación de su propio valor, el reconocimiento social y político y el acceso a la riqueza, Guerrero mantuvo durante toda su vida una actitud de servicio al pueblo que era coherente con su origen y sus valores.

Esta actitud puede traducirse en términos de la ética docente como la vocación de servicio: la comprensión de que el trabajo del maestro no es una transacción económica ni un ejercicio de autoridad sobre los estudiantes, sino una responsabilidad moral hacia la comunidad a la que sirve. En este sentido, Freire (1993) argumentó que el

maestro que genuinamente educa para la libertad debe estar dispuesto a aprender de sus estudiantes tanto como a enseñarles, a reconocer su propia incompletud y a comprometerse con la transformación de las condiciones que producen la injusticia.

El paralelo con Guerrero es elocuente: el insurgente del sur no pretendía llevar la libertad al pueblo desde arriba sino construirla con el pueblo desde adentro. Una pedagogía inspirada en su legado debería aspirar a lo mismo.

La memoria crítica como práctica escolar

El modelo educativo derivado del legado de Guerrero encuentra en la pedagogía de la memoria su expresión más específica. Elizabeth Jelin (2002) ha argumentado que la memoria no es un reflejo pasivo del pasado sino una práctica activa que implica selecciones, interpretaciones y luchas sobre el significado de los eventos históricos. Desde esta perspectiva, enseñar la historia de Guerrero no es simplemente transmitir información sobre el pasado: es participar en la construcción del significado de ese pasado para el presente.

Una práctica escolar de memoria crítica inspirada en el legado guerrerense podría incluir: la investigación sobre la presencia de comunidades afrodescendientes en la región donde está ubicada la escuela; el análisis comparativo de cómo Guerrero es representado en diferentes libros de texto y en la cultura popular; el análisis de poemas, declamaciones y canciones, la visita a monumentos y espacios de memoria relacionados con su figura; y la producción de artefactos culturales como textos, murales, videos o performances que comuniquen la historia de Guerrero desde la perspectiva de los estudiantes.

Tensiones, perspectivas críticas y límites

Entre la figura del héroe y la complejidad histórica

Toda recuperación pedagógica de una figura histórica enfrenta el riesgo de una heroización acrítica: la reducción de una persona compleja

y contradictoria a un símbolo perfecto y unidimensional; elevar una figura a la categoría de modelo muchas veces lleva a omitir sus limitaciones humanas.

Este riesgo es especialmente pronunciado en el caso de Guerrero, cuya figura ha sido objeto de monumentos oficiales; en el estado de Guerrero que lleva su nombre, su imagen ha aparecido en billetes, pinturas y murales que tienden a fijar una imagen simplificada del héroe.

Una pedagogía crítica de la memoria histórica debe resistir esta tentación. Guerrero no fue un ángel: fue un hombre de su época con las limitaciones que eso implica. Sus concepciones sobre el papel de las mujeres, su uso de la violencia en contextos de guerra, las tensiones entre sus principios igualitarios y las realidades de la política del poder: todos estos aspectos forman parte de la figura completa y deben ser abordados con honestidad en el aula.

Como señala Florescano (2004), la historia patria mexicana ha tendido a construir héroes de bronce inmaculados, solemnes e inaccesibles que resultan pedagógicamente estériles precisamente porque su pretendida perfección lo aleja de la experiencia real de los estudiantes. Una pedagogía que tome en serio el legado de Guerrero debe presentarlo en su humanidad completa: sus virtudes y sus limitaciones, sus éxitos y sus fracasos, su grandeza y su vulnerabilidad.

La tensión entre la historia nacional y la historia local

Guerrero es, ante todo, un héroe del sur de México: su vida, su lucha y su legado están profundamente enraizados en las comunidades de lo que hoy son los estados de Guerrero, Oaxaca y Morelos. Sin embargo, la narrativa nacional tiende a absorber su figura en un relato de alcance nacional que puede diluir la especificidad regional de su experiencia.

Una pedagogía inspirada en su legado debe ser sensible a esta tensión: debe conectar la historia nacional con la historia local y regional, y debe reconocer que el significado de la figura de Guerrero puede ser diferente para los estudiantes que viven en las regiones donde él combatió y murió, al parecerles más concreto, cercano, vivo y per-

sonal. La historia local no es un suplemento pintoresco de la historia nacional, sino un lugar donde la historia nacional cobra vida.

El desafío de la implementación

El modelo educativo esbozado en este trabajo es ambicioso en sus objetivos y en los cambios que implica respecto al currículo y la pedagogía convencionales, tanto que parece exceder la propia figura de Guerrero. Su implementación efectiva requiere maestros con formación sólida en historia, ética y pedagogía crítica; materiales didácticos que incorporen perspectivas diversas sobre la historia; y condiciones institucionales que permitan el trabajo en proyectos, el debate y la investigación.

En el contexto del sistema educativo mexicano, estos requisitos no siempre están presentes. La formación docente en historia suele ser insuficiente; los libros de texto presentan versiones simplificadas y acríticas de la historia; y las condiciones de trabajo de los maestros, entre ellas el exceso de alumnos, recursos escasos, presiones burocráticas y tareas administrativas sin impacto formativo, limitan el tiempo y el espacio para las pedagogías activas y participativas.

Esto no invalida el modelo: señala las condiciones que necesitan transformarse para que pueda implementarse. Y a su vez, esa transformación es coherente con el legado de Guerrero: la lucha por mejorar las condiciones en que se educa al pueblo es la continuación contemporánea de la lucha que él emprendió hace dos siglos.

Conclusiones

El análisis realizado a lo largo de este trabajo ha mostrado que Vicente Guerrero es una figura histórica de una riqueza y una complejidad excepcionales, cuyo legado trasciende ampliamente el ámbito de la conmemoración nacional para proyectarse como recurso pedagógico de primera importancia. Guerrero como insurgente, estadista, abolicionista de la esclavitud y mártir, encarna un sistema de valores anclados al principio de patriotismo: lealtad, dignidad popular, valentía, humildad,

pragmatismo patriótico, republicanismo igualitario, cuya coherencia a lo largo de cinco décadas de vida pública constituye un modelo de integridad moral difícilmente equiparable en la historia mexicana.

Su pensamiento político, forjado en la experiencia directa de la opresión colonial y la lucha insurgente, articuló un republicanismo popular que colocó la justicia social y la igualdad racial en el centro del proyecto nacional, décadas antes de que estas demandas fueran incorporadas al discurso político dominante. La abolición de la esclavitud de 1829 fue un acto solitario y audaz de un presidente que sabía que perdería el poder por ello, por lo que resulta la expresión más concentrada de ese proyecto.

El modelo educativo derivado de su legado articula principios de educación para la dignidad, historia desde abajo, ética de la resiliencia, ciudadanía intercultural, justicia social como contenido curricular y pedagogía de la memoria. Estos principios no son invenciones externas impuestas sobre la figura de Guerrero: son deducciones directas de los valores que él practicó y del pensamiento que expresó en sus acciones y sus palabras.

La pregunta que este trabajo deja abierta es si el sistema educativo mexicano tiene la capacidad institucional, la voluntad política y las capacidades de la planta docente necesarias para hacer de Guerrero algo más que una fecha en el calendario escolar, para rescatarlo como un referente vivo de los valores y las luchas que siguen siendo necesarios para construir la nación justa, igualitaria e intercultural que él soñó. Responder afirmativamente a esa pregunta es también, en sí mismo, un acto de lealtad a su causa.